

Emailgelio del 5 de abril de 2026
Domingo de Resurrección – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Una fiesta continua

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con el que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos. (Jn 20, 1-9).



Al experimentado oncólogo del hospital de Pernambuco (Brasil) Rogério Brandao le produjo un fuerte impacto la ingenua reflexión de una niña de once años aquejada de un cáncer incurable. Algunas veces la había visto llorar, pero la pequeña nunca se vino abajo. Un día la pequeña le habló de la muerte y de cómo entendía ella el paso de este mundo a la otra vida. La niña le dijo al doctor: “¿Verdad que cuando somos pequeños, algunas noches vamos a dormir a la cama de nuestros padres? Pero al día siguiente resulta que nos despertamos en nuestra cama. Y es que los padres, cuando nos dormimos, nos cogen en brazos y nos llevan a nuestra habitación. **Un día yo también me dormiré, y mi Padre del cielo vendrá a por mí. Y me despertaré en su casa, para vivir una vida auténtica**”.

Es la visión de una niña que no entra en vericuetos metafísicos, pero dice lo que siente. El teólogo ortodoxo Olivier Clement (1921-2009), que se convirtió al cristianismo a los 27 años y calificaba su infancia en la familia como un “mundo sin Dios”, dice que “si la historia no se nutre de eternidad, se convierte simplemente en zoología”. **El anhelo de eternidad lo puede sentir el niño y el adulto, cada uno en sus propias circunstancias y con sus propias manifestaciones.**

La resurrección de Jesús es la luz y el fundamento de ese anhelo. Su mensaje se refiere no solo al tiempo de después de la muerte sino también al modo de vivir el presente. Un cristiano de los primeros siglos, San Atanasio (296-373), decía que “Cristo resucitado hace de la vida del hombre una *fiesta* continua”.

Tenemos que vivir como resucitados, que nuestra vida aquí esté impregnada de esta fiesta de la resurrección. Empieza esta gran fiesta por mi parte cuando me propongo favorecer todo lo que sea bueno para las personas que me rodean y también para las que están lejos: **una gota de humor en momentos de tensión, sin que pueda entenderse como frívolo desinterés de los problemas; un gesto de cariño, de agradecimiento, de consuelo, de acompañamiento; un esfuerzo, tomando la iniciativa o arrimando el hombro, para que los demás tengan una vida digna, para que sean más felices.** Así se contribuye a que la vida, a pesar de las contrariedades, sea una fiesta.

Emailgelio del 12 de abril de 2026
Segundo domingo de Pascua – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Con mis llagas y heridas

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a vosotros”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”. Jesús le dijo: “¿Por qué me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre. (Jn 20, 19-31).



Jesús resucitado no esconde sus llagas y heridas. De esa forma expresa que es toda nuestra persona – con su historia, con las circunstancias vividas, con sus llagas y heridas – la que está llamada a resucitar, como ha resucitado la persona del crucificado.

Las llagas y heridas no cicatrizan fácilmente: a menudo dejan un poso de desconfianza que parece invadir a toda la persona. El decepcionado y desconfiado Tomás se encuentra con un Jesús que no oculta las llagas y heridas sufridas, pero es *Jesús resucitado*, transformado, que no ha dejado que venza en él la desconfianza provocada por el dolor, el sufrimiento e incluso la muerte. Sin negar nada de todo eso en su vida, la confianza plena en el Padre le ha dado la victoria en la resurrección.

Jesús resucitado no nos pide que neguemos o ignoremos la realidad, nuestras llagas y heridas con sus secuelas, sino que la asumamos, procurando ponerla en la perspectiva de la resurrección. En la vida no es tan importante lo perfecto que uno pueda ser o lo bien que le salgan las cosas como **la actitud que toma** ante la propia imperfección o ante el infortunio.

Por ejemplo, esa pena tan grande, que me amarga la vida y me impide vivir en paz, o esa culpabilidad por la respuesta equivocada que di en aquella situación de mi vida. La perspectiva de la resurrección me dice que esta pena mía, aunque me duela, está también esperando la resurrección, o sea, la transformación en un encuentro de alegría inimaginable.

En el caso de la culpa, Jesús resucitado, que muestra sus llagas, me dice que no debo hundirme en un lamento estéril del pasado, sino **confiar en la sanación, aunque todavía lleve marcas en mí**. La culpa no debe borrar nunca la esperanza. La gracia es más fuerte que la culpa, la vida que la muerte.

Emailgelio del 19 de abril de 2026
Tercer domingo de Pascua – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Un encuentro decisivo

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén: iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. Él les preguntó: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron”. Entonces Jesús les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?”. Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: “Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lc 24, 13-35)



Emailgelio del 19 de abril de 2026
Tercer domingo de Pascua – Ciclo A

Ignacio Itano sm

En este relato evangélico vemos que dos discípulos, en un clima de desconcierto y diversidad de reacciones a las noticias todavía confusas sobre la resurrección de Jesús, al principio se alejan de sus compañeros y al final vuelven adonde ellos. Entre los dos momentos, se ha producido un hecho que ha provocado el cambio: **es el encuentro con Jesús.**

Un encuentro tan decisivo se ha ido haciendo camino poco a poco, con esa paciencia de educador que Dios tiene con nosotros, respetando siempre los tiempos que cada uno necesita para reconocerlo y aceptarlo.

Jesús es un compañero de camino: **Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Jesús se acerca a nosotros sencillamente, sin hacer ruido, sin un distintivo especial, y camina con nosotros.**

Empieza **escuchando**. No inicia la relación con un brillante discurso para convencerles y atraerles, y menos apabullarles: Jesús **primero escucha** lo que preocupa a la persona, **y luego dialoga** a partir de ahí.

Gran desilusión la de estos dos discípulos. De su Maestro esperaban la *liberación de Israel*, y la respuesta ha sido la muerte en cruz. Lo que han dicho las mujeres y los discípulos que han comprobado que el sepulcro está vacío, no es suficiente. Al fin y al cabo, *a Él no le vieron*.

Cuando se hicieron ilusiones esperaban una resurrección más triunfante, más vistosa, y también más humillante para los que le habían rechazado. Jesús escucha...

Después de haber escuchado, Jesús quiere hacer ver a los dos compañeros de camino que esa liberación ha llegado, pero no del modo que ellos esperaban. La Escritura, la promesa del Señor se va cumpliendo, a menudo silenciosamente, sin espectáculo, pero de verdad.

Dentro de esos discípulos, aunque no se den cuenta del todo, algo está sucediendo. Por eso, piden a Jesús: **Quédate con nosotros**. Oración sencilla muy apropiada cuando sentimos que se nos escapa o cuando estamos en la oscuridad y tenemos nostalgia de la presencia del Señor.

Cleofás y su compañero reconocieron a Jesús *al partir el pan*, cuando este *tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio*. **Nosotros también reconocemos a Jesús en la mesa de la Eucaristía.** A veces nos resulta difícil reconocerle porque tomamos la Eucaristía más como una obligación que como una invitación de Jesús a su mesa, a celebrar y compartir con Él y otros creyentes nuestra fe en Jesús resucitado. La fe hay que celebrarla y compartirla. Si no, se desvanece. Jesús parte el pan y nos lo da para que lo compartamos, y así nos apoyemos unos a otros.

Dice San Agustín: “Partimos el pan y reconocemos al Señor... Tú que crees en él..., tú que no llevas en vano el nombre de cristiano..., tú que escuchas las palabras de Dios con amor y esperanza, encontrarás al partir el pan una reconfortante certeza. La ausencia de Dios no es una ausencia. Ten fe, **Él está contigo**, aunque no lo veas”.

Emailgelio del 26 de abril de 2026
Cuarto domingo de Pascua – Ciclo A

Ignacio Itano sm

Te conozco por tu nombre

En aquel tiempo, dijo Jesús: - Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: - Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. (Jn 10, 1-10)



Un grupo de montañeros encontró una oveja moribunda. Estaba exhausta y no podía comer porque en cuanto empezaba a tragar comenzaba también a toser compulsivamente. Junto a ella estaba el pastor que asistía impotente a los estertores de su oveja. Esta no había podido seguir a todo el rebaño, compuesto de más de tres mil cabezas, al encuentro de pastos, y el pastor se había dado cuenta cuando ya no se podía hacer nada por ella.

Este pastor, muy triste, decía que antes, cuando había menos ovejas en cada rebaño, no sucedía esto. En otro tiempo el pastor podía preocuparse de cada una, hacer el recuento cada tarde y, si faltaba alguna, salir a buscarla y traerla al redil. Ahora resultaba antieconómico tener un rebaño pequeño y no tenía más remedio que resignarse a perder cada día alguna oveja extraviada sin que nadie notase su ausencia. Una oveja entre tres mil era solo un número.

En contraposición, hoy todavía se observa en Palestina cómo los pastores dan a los animales un nombre: “orejas grandes”, “morro blanco”, mancha roja”, etc. El pastor **llama por el nombre a sus ovejas, y así subraya su amor, su familiaridad con ellas. Las ovejas atienden a su voz... y lo siguen.**

Este contraste nos ayuda a comprender lo que Jesús nos quiere decir. **Hay personas que tienen la sensación de no contar nada para nadie; se sienten solas y desamparadas.** No ven que signifiquen algo para alguien. Pero Jesús nos dice: “no es verdad que tú seas un ser anónimo ni que tu existencia sea indiferente. **Yo te conozco por tu nombre.** Te tengo grabado en mi corazón a ti, con tu fisonomía, tu personalidad, tu historia y tus circunstancias personales. Puede suceder que te extravíes o te desorientes y te quedes rezagada con la impresión de soledad y abandono. Es posible que te sientas apaleada por esa máquina despiadada de intereses que no tiene en cuenta a la persona y solo piensa en productividad y eficacia al precio que sea. Por muy crítica que sea tu situación, no desesperes: **yo, Jesús, no me olvido de ti, tú no eres un simple número para mí, te conozco por tu nombre, te quiero entrañablemente.** No hagas caso de las voces de *bandidos y ladrones* que, dentro o fuera de ti, te llevan a la amargura o la desesperación. *Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos*